

SECUESTRO Y CAPUCHA

— POR SALVADOR CAYETANO CARPIO

(CONTINUACION)

Se ha levantado el jinete. Me quita la capucha, me examina.

—“Denle aire”, ordena.

Me levantan de las cuatro extremidades atadas en un nudo y me balancean en el aire, rítmicamente, para atrás y para adelante, como el péndulo de un reloj: uno, dos, uno, dos...

Ah! Qué fresco el aire. ¡Qué bueno, qué hermoso el aire! ¿Cómo es que nunca antes lo había notado? Es como una catarata de agua fresca y cristalina que me inunda saciando mi sed en medio de la aridez de un cálido desierto. Los pulmones están en su elemento. Se inflan gozosos. Quisieran ser esponjas gigantes par absorber tanto aire, que nunca más haya el peligro de ahogarse. Saborean el oxígeno con deleite. Nunca habían estado tanto tiempo sin él. Desde el primer vaguido, desde el instante mismo en que el nuevo ser se asomó a la vida, acompañados por el primer llanto e impulsados por el primer color, comenzaron a funcionar rítmicamente como la fina maquinaria de un reloj que nunca se detiene. Sólo una vez antes habían estado a punto de pararse.

Fué una tarde calurosa de Mayo, en los primeros años de mi vida. Descalzo, (pues la abuela Petronila, mi amada viejecita de cabellera blanca como la melcocha de azúcar que ella misma trabajaba, no alcanzaba a veces ni siquiera para el diario mendrugo de pan), con calzones cortos arriba de las rodillas, iba feliz a la escuela ese Jueves. Nuestra humilde alegría era el paseo que todos los jueves por la tarde hacíamos a una finca de los alrededores de la ciudad. Una pila grande en medio de la finca era nuestra piscina. Esa tarde voy contento en el paseo, abstraído en las cosas bellas de la naturaleza. Cuánto árbol, ¡Qué hermosura! Habrá manzanas rosas? ¿habrá jocotes? Hacia allá corremos felices bajo los árboles, a buscar nances y pepetos, a correr tras lagartijas y ratas que se esconden entre los piñales. La voz del maestro nos reclama:

—“Niños, vengan a bañarse”.

Y allá vamos. Dentro del agua nos da horror alejarnos de la orilla de la pila. Es honda en relación con nuestra estatura de chicos de 8 años, desmedrados y anémicos. Pero el buen maestro quiere enseñarnos a nadar:

—“Salvador, suéltese del borde la pila, tirese”.

—“Tengo miedo, maestro”.

—“Tírese ¿Cuándo va a aprender a nadar?”.

Obedezco. Doy brazadas cortas como perro en el agua. Me voy hundiendo. Me entra pánico. Quiero tocar el fondo y me hundo. Trago agua, siento que me ahogo. Las manos están crispadas en el aire pidiendo auxilio. El maestro me toma de los brazos y me saca:

—“Vaya, no es nada, muchacho, ya aprenderás a nadar”.

Ya estoy afuera pasando el susto. No quiero volver a sentir esa eternidad de desesperación e impotencia...

Pero ahora no estoy allá. Ya no soy echiquilado que corre alborozado tras las ratas del piñal. Ahora soy un obrero de esta época grandiosa en que, como nunca se siente el vigoroso latido de la historia que avanza incontenible en hombros de los seres sencillos de la tierra. Pero estoy en la cámara de tormentos, balanciándome en el aire, entre las manos huesudas de quienes quieren evitar la llegada de ese nuevo día de justicia y libertad.

Con el último impulso, me sueltan en el aire y me estrello contra el piso. Han terminado treinta segundos de aire.

Y vuelve a comenzar el tormento de la asfixia. El jinete vuela desenfrenado en alas de una vida que se escapa, que se encabrita bajo sus espuelas, que brinca, salta y se convulsiona en estertores de agonía, locura y violencia; que llega al paroxismo, incontenible, desbocada; pero él sigue implacable, sosteniendo el fatídico bozal de la muerte. Ha sentido circular a torrentes la vida que se va: ahora comienza a sentir que languidecen los espasmos, que la vida se aleja, se va, se va...

Y así, una y otra vez. Luego:

—“Denle aire”.

Después otra vez la asfixia, otra y otra vez...

Pero cada vez es más doloroso el proceso de egoísta. Calan más hondo los golpes. Es más afanoso, más cruel y torturante el esfuerzo de todo el ser privado de aire. Y los encargados de la tortura se encolerizan gradualmente. Crece y se vuelve incontenible su irritación. Ya no les importa que la vida se escape definitivamente y no

regrese. Qué son unos segundos de más o de menos? ¿Qué valor tiene una vida más que se apague en el tormento? Bah!

De repente, al final de la octava pesadilla, me agita un último estertor convulsionado. Siento como un supremo despedazar de pulmones, corazón y nervios. Como una fulgurante explosión de fuegos artificiales estallando en el cerebro... Y entro en los dominios de las sombras... he traspuesto las fronteras de la vida. ¡He entrado en el imperio de la muerte! Se han roto los resortes de la vida, la armonía que hacía funcionar esa maravillosa maquinaria humana.

Ahora no pienso, no siento, no hablo, no veo, no vibro, no reacciono.

Soy un despojo humano insensible, inanimado, listo para ser arrojado desde la majestuosa estructura de un puente del caudaloso Padre Lempa y perderme en el torrente tumultuoso de sus aguas hasta entrar en el inmenso Océano Pacífico, o, con un destino más modesto, ser encontrado al día siguiente entre la frescura de un cafetal o a la vera de un apartado camino de mi patria, desfigurado el rostro hasta ser imposible el reconocimiento...

Los verdugos descansan.

— o —

IV.— LATIGO

No siento, no pienso, no oigo.

Mas, no ha terminado todo definitivamente. ¡Somos duros los proletarios!

Algo comienza a vibrar allá en las profundidades del cerebro. Algo, alguna raicesilla nerviosa como una fina cuerda de violín ha iniciado un solo casi imperceptible al que poco a poco se va uniendo toda la orquesta de la vida. Ya comienzo a sentir: primero, una sensación de calor entre dulce y sofocante, aún no bien definida. Luego, un vago bienestar confuso, inexplicable. No siento malestar, hay sosiego en el corazón. ¿Dónde estoy?

Comienzo a oír; primero, muy suavemente, un rumor como de confusas voces lejanas que se hacen perceptibles más y más. Ahora ya oigo más claramente: una voz áspera está diciendo:

—“Ya se murió este maje. Hicimos lo posible, pero no revive”.

Otras voces hablan en idéntica forma. He vuelto a la dura realidad. Todavía estoy en el suelo, de bruces, atado. ¿Cuánto tiempo he estado así? ¿Quién sabe!

Abro los ojos y veo los pies de los agentes, ahora dispersos, descansando. Uno de ellos nota movimientos en mi cuerpo y exclama:

—“Ya está volviendo”.

Se acercan todos:

—“Ajá. Ya estás reviviendo cabrón?”.

—“Que descanse un poco, ordena Menjívar. Traiganse, para mientras, a uno de esos estudiantes”.

Momentos después llegan con alguien:

—“Aquí está”.

—“Si no querés decirnos dónde están las armas y quiénes son los otros comunistas, le dice Menjívar, te vamos a dejar como ese que está allí en el suelo. ¿Lo conoces?”

Me dan vuelta, el recién llegado me mira y les dice:

—“No, no lo conozco”.

Luego me preguntan:

—“¿Y vos lo conocés?”

Le miro un momento. Es joven, alto, fornido. Ah! Si es el mismo que he visto en la mañana asomando sus brazos robustos por las rejas!

—“No lo conozco”.

Realmente, nunca antes le había visto.

Se encaran al estudiante. Le insultan. Sabiendo que por su posición social está acostumbrado al trato respetuoso, le hablan groseramente para desmoralizarlo. Comienzan a golpearlo. Me desatan y me arrastran como a cinco metros de distancia en el pasillo central, y en el lugar vacante comienzan a aplicarle el tormento de la asfixia.

Ahora me rodean ocho o diez verdugos. Forman un círculo en cuyo centro estoy de pie. Después de quitarme la camisa me han vuelto a esposar las manos hacia la espalda.

Inician un nuevo tormento acompañado de insultos e innumerables y absurdas preguntas sobre los mismos temas. La respuesta “no sé” les

Información Internacional

ANTE LA CONFERENCIA DE LOS CUATRO GRANDES

Sin duda alguna que la Conferencia de los Cuatro Grandes, próxima a celebrarse en Ginebra, Suiza, ha despertado grandes esperanzas en la Humanidad. Quizá ningún evento internacional ha sido precedido de mayores esperanzas que esta Conferencia de los Jefes de Estado de las 4 Grandes Potencias y no podía ser de otra manera. Los peligros que con la producción y acumulamiento de bombas atómicas y de hidrógeno y de otras armas de destrucción en masa se ciernen sobre la Humanidad son tan terribles, que los hombres y mujeres sensatos que pueblan el mundo, que constituyen la inmensa mayoría del género humano, tienen que recibir con sentimiento de alivio y esperanza el que los máximos gobernantes de las potencias mayores del mundo se reúnan para hablar de paz, para tratar de encontrar un terreno común de comprensión y entendimiento, para tratar, en fin, de encontrar soluciones de compromiso a los problemas litigiosos que crean tensión en el mundo.

Por supuesto, hay quienes no piensan como nosotros, hay quienes están empeñados en que haya una nueva guerra mundial, hay quienes están haciendo fabulosos negocios con la carrera armamentista, hay quienes temen que el mundo entre en lo que podríamos llamar una “emulación pacífica entre los dos sistemas”.

Durante años de años, desde que el socialismo apareció sobre la faz de la tierra, los portavoces del capitalismo han proclamado su fracaso y no se cansan de elogiar en cambio las ventajas que según ellos tiene su sistema. Los imperialistas yanquis y sus testafierros, nos aturden repitiendo sin cesar que no hay nada mejor que “el modo de vida americano” Si en realidad estos señores creen en los méritos que le atribuyen a su sistema, ahora tienen la oportunidad, con la Conferencia de Ginebra, de demostrarlo, pues allí se puede llegar a acuerdos que le permitan a la Humanidad una larga era de paz, de coexistencia pacífica, larga era en que ellos están retados a demostrar que de veras su régimen es superior al socialista.

Por su parte, estamos seguros de ello, los representantes del mundo socialista, no obstante ser un mundo que apenas cuenta 38 años, están en la mejor disposición de llegar a acuerdos que afiancen la paz, para entrar en esta emulación en que el socialismo demostrará de manera inequívoca y terminante que es un orden social superior en todos los conceptos al capitalismo.

En su discurso de San Francisco, pronunciado con motivo de celebrarse el décimo aniversario de la fundación de las Naciones Unidas, el Ministro del Exterior de la URSS, Molotov, concretó en siete puntos las cuestiones que en su concepto crean litigio y pueden ser solucionadas si hay buena voluntad de ambas partes para encararlas.

Los asuntos sobre los cuales precisan acuerdos son: la prohibición del uso y fabricación de bombas atómicas y de hidrógeno; la retirada de las tropas norteamericanas de Formosa; la admisión de la China Popular en la ONU; la retirada de las fuerzas armadas extranjeras de la Alemania Occidental y Oriental; la prohibición de la propaganda de guerra; el fin de todas las medidas que restringen el comercio internacional y el desmantelamiento de las bases militares que algunas potencias, en especial los Estados Unidos, tienen en ultramar.

PLANTEADA CONVENCION COLECTIVA EN LA IMP. TORMO La Empresa ha empezado a ejercer represalias

El Sindicato de Trabajadores de Artes Gráficas planteó, en el transcurso de la semana que termina, una demanda de Convención Colectiva de Trabajo en la Imprenta Tormo S. A. Como lo informado en diferentes ocasiones, en dicha empresa los trabajadores tienen muchos problemas: no disfrutan del Seguro Social porque el patrón no paga las planillas, a pesar de que semana a semana le rebaja las cuotas a los obreros; los salarios son muy bajos; las condiciones higiénicas son tan malas que las autoridades sanitarias han tenido que intervenir, pero no han resuelto el problema; el trato para los operarios es muy duro, etc.

De inmediato, la empresa ha empezado a ejercer represalias contra sus trabajadores procediendo a despedir a uno de los elementos más combativos afiliado al Sindicato. También ha pretendido poner trabas ante los tribunales alegando que la Convención Colectiva que se denunció hace dos años todavía está en vigencia.

Peró, tanto contra las represalias

legales el Sindicato ha tomado medidas defensivas y está haciendo la labor necesaria para mantener una buena moral en el personal de la empresa y se mantengan firmes hasta obtener un triunfo más en la lucha por obtener mejores salarios y superar las dificultades en las condiciones de trabajo.

NUEVO AUMENTO... (Viene de la 1ª Pág.)

sario, los trabajadores renuncian patrióticamente al consumo de este artículo.

Toda esta sucia historia tiene una moraleja que nosotros conocemos desde hace muchos años: que la prosperidad de los ricos se amasa con la miseria del pueblo. Pero también conocemos otra moraleja que dice: “que tanto va el cántaro al agua que al fin se quiebra”.

En Costa Rica el pueblo no tiene, más que un camino, “quebrar el cántaro”. Aseguramos que ésta no es una tarea tan difícil como parece.